poder para dictar la constitucion, ni para reclamar nada en favor de los derechos populares que habia conculcado, era si no un engaño, un paso tan desacertado que á nadie podia satisfacer; y no pensar ni en la convocacion que habia ofrecido de un nuevo congreso, ni en un nuevo régimen, que aunque absoluto, llenase un objeto grandioso ó diera á lo menos esperanzas de un porvenir lisongero, era confirmar tambien el concepto que se tenia de que se deseaba gobernar arbitrariamente, pero sin un sistema fijo, y cubrir las ecsigencias del momento con simples esterioridades. Conducta irregular, fecunda en consecuencias desastrosas, y que no merecia disculparse ni aun por aquellas personas que mas admiraban sus virtudes y servicios.

Las graves complicaciones del gobierno tomaban de dia en dia un carácter mas alarmante, y ni el gabinete ni el partido que lo sostenia pensaban en un remedio radical que pusiese término á la crísis en que se encontraba. La creacion de papel moneda habia puesto en peligro todos los intereses y sufrido desde luego una pérdida que casi lo redujo á una completa nulidad. Ese papel, como no tenia por fundamento ni el crédito ni la proporcion que debia guardar con el numerario de la hacienda pública; como no estaba tampoco favorecido por un banco que pudiese cambiarlo sin pérdida, y como solo se destinaba al pago de empleados y de una parte de derechos en las respectivas oficinas, no tuvo ni pudo tener estimacion alguna; y fué un bien que su descrédito hubiese evitado mayor emision que no hubiera podido amortizarse despues sino con un gravámen considerable. El préstamo forzoso de millon y medio que habian decretado la junta provisional y la Regencia, solo habia servido para causar disgustos, y poner de manifiesto que esa clase de medi-



das no eran realizables. La conducta tomada en Jalapa, y mas todavía las razones que se dieron de que aquellos caudales iban á servir probablemente para favorecer espediciones de las tropas españolas que se destinasen para venir á subyugar al pais, acabaron hasta con la última ilusion que podian conservar los amigos del gobierno. En todos los demas ramos reinaba el mismo desórden, y ya no se advertia en la grande alma de Iturbide, si no una deferencia ciega á cuanto le inspiraban los que sin aventurar ni un nombre glorioso ni el amor de los pueblos, solo deseaban conservar lo ecsistente por el imperio de la fuerza armada y por la cooperacion material de la multitud de interesados en semejante estado de cosas. La salida de Iturbide para Jalapa, con el fin de negociar mas de cerca la entrega del castillo de San Juan de Ulúa, no fué meditada, porque sin probabilidades de lograr aquel objeto, era claro que su regreso á la capital habia de presentar un contraste muy desfavorable con su entrada triunfante en Septiembre de 1821. En las monarquías no se puede prescindir ni del brillo que debe rodearlas, ni de las impresiones que deja la desgracia y que colocan desventajosamente aun á los reyes mas acreditados. A Iturbide no se le debia culpar de que no hubiese rendido á San Juan de Ulúa, pero sí se le podia hacer el cargo, ó de que procedia ligeramente y sin datos bastantes para juzgar de la disposicion del gobernador de aquel castillo y de sus tropas, ó de una vana puerilidad, queriendo aparentar que su entrega se debia á su influencia inmediata y á sus combinaciones.

El poco crédito del gobierno imperial, las dificultades que embarazaban el arreglo de la administracion pública, y la escasez estrema de recursos habian propagado las ideas liberales

hasta en los lugares ménos sujetos á su influencia y decididos antes à favorecer el sistema adoptado. Es condicion miserable de las guerras civiles que se incline la opinion y hasta el afecto de las diversas clases de la sociedad hácia los hombres que presentando cada dia nuevos motivos de deshonra, cuentan sin embargo con la adversa fortuna de sus contrarios. Los liberales, traspasando mucho los límites que habian fijado sus directores, nada hacian para triunfar que no los desacreditase: atizar las pasiones, multiplicar sus lógias, corromper la disciplina militar, burlarse de la obediencia como una obligacion, y derramar por todas partes la subversion de los principios sanos, eran los trabajos de las facciones que se habian coligado, al mismo tiempo que el gobierno sin sistema y sin energía se presentaba indefenso para ser el blanco de los odios enardecidos.

Iturbide regresaba á la capital, y el brigadier Santa-Anna que le habia cumplimentado en Jalapa salia para Veracruz con el fin de sublevarse contra el imperio y levantar la bandera republicana. En aquella ciudad dominaba todavía la influencia española, y habia, ademas, todos los elementos de resistencia que proporcionaba el clima, la distancia y las relaciones que tenia Santa-Anna con los gefes y oficiales de la guarnicion. Iturbide le habia conferido antes el mando militar de la plaza, que no pudo conservar por las desavenencias que tuvo con el brigadier Echávarri, capitan general de la provincia, con motivo de las tentativas que hicieron para apoderarse del castillo. La sensacion que produjo esta defeccion fué grande, y apénas se habian dictado las medidas militares para reprimirla, cuando salieron para el Sur de México los generales Bravo y Guerrero decididos á proteger aquel plan con otro en que se le



hacian algunas modificaciones. Victoria se unia á Santa-Anna en Veracruz y se ponia al frente de la revolucion; y Bravo marchaba despues para Oajaca, donde el coronel D. Antonio Leon habia desconocido tambien al emperador y á su gobierno.

El cambio que habia sufrido poco tiempo antes el ministerio, el de guerra lo desempeñaba el brigadier D. Manuel de la Sota Riva, y el de hacienda Medina, no debe llamar la atencion, porque nada influyó en la política, ni disminuyó tampoco el ascendiente de las personas que se habian mostrado mas adictas á Iturbide. El secretario particular de éste, que lo habia sido de O'Donojú, D. Francisco de Paula Alvarez, tomaba una parte muy activa en los negocios, y sea por su facilidad para despacharlos, y porque representaba en un grado bastante notable los principios liberales y conocia bien la oposicion que se hacia al emperador, ó por el crédito que le habia dado la confianza de O'Donojú, puede considerarse como el hombre que dirigia el gobierno. Los ministros no podian pensar con imparcialidad en los momentos en que estaban mas obligados á manifestar una ardiente gratitud. Habia otro cuyo nombre debe citarse por principios muy honrosos para su persona. Conmovido el imperio y con poca esperanza de que subsistiese, fué llamado al ministerio de justicia y negocios eclesiásticos D. Juan Gomez Navarrete. Amigo fiel y constante admirador del gefe de Iguala, y deseoso de participar de la desgracia de la familia que iba á ser proscrita, se decidió desde entónces á no perdonar esfuerzo para corresponder á una amistad que debia encenderse mas por las injustas prevenciones contra el libertador de México. En una alma tan piadosa como la suya, era preciso que se escitaran todos los sentimientos generosos, y que el amigo se mostrara tan

digno de estimacion y respeto como el grande infortunio que procuraba aliviar en los momentos mas dificiles y comprometidos. Navarrete no desmintió nunca esta conducta en los muchos años que sobrevivió à Iturbide, y su familia recibió cuantas pruebas podia desear de sus servicios. Acreedor sin duda aquel hombre, que no se ha conocido sino bajo el aspecto de sus opiniones políticas, á una memoria esclarecida, he debido pagarle este tributo al hablar de la situacion peligrosa en que se hallaba el imperio á fines de 1822.

La sublevacion de Veracruz y la que acaudillaban Bravo y Guerrero, aunque no eran capaces de destruirlo gobernado con el acierto y energía convenientes, tenian suma gravedad por la poca aptitud de la administracion y el descrédito en que se hallaba. Nuestras disensiones se presentaron inmediatamente con la mas vergonzosa deformidad. El nuevo gobernador español del castillo de San Juan de Ulúa, Lemaur, aprovechaba la ocasion de entablar una correspondencia amigable con el gefe de las fuerzas sublevadas, é instruido por éste de las causas de aquellas ocurrencias, se mostraba muy convencido y muy satisfecho tambien de la necesidad de la rebelion, condenaba como el mexicano mas celoso de las libertades públicas la conducta del emperador, y ofrecia ausilios á la plaza en caso necesario.

Santa-Anna intentó ocupar á Jalapa y destruir la fuerza del brigadier D. José María Calderon, destinada á contenerlo y á sostener la autoridad del gobierno en toda la provincia. La accion dada en aquella ciudad en los últimos dias de Diciembre y la primera de importancia de nuestra guerra civil, fué funesta á los sublevados que perdieron al coronel D. Joaquin Leño, hecho prisionero y herido tan gravemente, que murió pasadas



algunas horas. Sanchez, el gefe intrépido de la escolta de Iturbide, que tanto se habia distinguido en Arroyo Hondo, salió de la capital para perseguir á Bravo y Guerrero con todo el ardor que le inspiraba su decision por el emperador y la circunstancia especial de ser el que guardaba su persona. En la hacienda de Jalmolonga, inmediata á Tenancingo, tuvo un encuentro con la fuerza que mandaba Guerrero, que aunque no fué decisivo, sí llamó mucho la atencion por la bizarría de los gefes que intentaron decidir personalmente de la suerte de sus divisiones. Epitacio Sanchez fué muerto de una lanzada, y Guerrero recibió una herida que le hizo padecer toda su vida.

Si el partido liberal y las lógias trabajaban tan asiduamente para seducir el ejército y ponerlo de su parte, ya se podrá conjeturar cuáles serian sus esfuerzos despues de estos sucesos y los de Veracruz, y cuando los espíritus se hallaban agitados y prevenidos para medidas estremas, no solo en la capital sino en las provincias. El brigadier Echávarri era el hombre que Iturbide habia elegido especialmente desde Iguala para representar la union entre españoles y mexicanos, y merecia del emperador un afecto, que lo confundia con su misma familia, y escitaba en favor de su persona las mas vivas simpatías de todos los partidos políticos. Decidido por su protector, y sin que hubiese el menor motivo hasta entonces que hiciese sospechar de su fidelidad, tenia además el nombre militar que habia ganado en San Luis de la Paz, rindiendo á discrecion á Bracho y San Julian, y en la accion de Juchi, donde se condujo con la misma intrepidez bajo las órdenes de Bustamante. Dicho gefe fué nombrado, y como su segundo Cortazar, para mandar la fuerte division de operaciones sobre Veracruz, que debia aumentarse cuanto lo ec-

sigiesen las circunstancias para reducir aquella plaza, que era el punto mas importante de los sublevados. Las facciones aliadas fijaron su vista en Echávarri, que quizá con una intencion ménos desleal de la que se ha creido generalmente, entró en pláticas de avenimiento con Santa-Anna, y se prestó á favorecer los deseos y los planes de los hombres que deseaban la caida de Iturbide con el famoso plan de Casa-Mata, proclamado por el ejército que se llamó libertador y sancionado despues por el congreso. Como las intrigas de los enemigos del imperio y las defecciones de los que lo sostenian no importan otra cosa que las pasiones conjuradas contra Iturbide, ni hay necesidad de ecsaminarlas, ni mucho ménos de calificar la conducta de los generales y gefes que se rebelaron contra su gobierno. Me he prohibido esta calificacion cuando es puramente personal, y no faltaré al propósito de no dar á este escrito otro carácter del que le conviene.

Cuando se habla de Iturbide es muy grato encontrar la ocasion de hacer el elogio que merece su conducta, ya que la fuerza irresistible de la verdad ha obligado á presentarla en el corto periodo de su gobierno tan desventajosamente. El plan de Casa-Mata en el que se resumieron los de Veracruz y del Sur de México por la forma republicana, tenia por bases el restablecimiento del congreso, la libertad de la nacion para constituirse, y el respeto á la persona del emperador, cuya investidura y prerogativas parecia, segun alguno de los artículos, que debian conciliarse con el gran cambio que se preparaba. Luego que Iturbide supo que la division que habia mandado para reprimir el levantamiento de Veracruz, lo favorecia sin embargo de hallarse á las órdenes del hombre á quien habia dispensado una con-



fianza y favores mas señalados, y que estaban de acuerdo muchos de los principales generales y gefes y aun cuerpos y autoridades políticas de quienes no presumió nunca que cooperasen á una revolucion militar, se penetró del peligro en que se hallaba el pais, y de la necesidad de precaver todas sus consecuencias con una conducta franca y generosa. Sin podérsele ocultar que la defeccion de las tropas seria cosa muy pasagera, que le sobraban recursos para volverlas al órden y para hacerles entender que se las engañaba, el temor de la guerra civil lo decidió inmediatamente á no emplear otras armas contra sus enemigos que las de una conciliacion decorosa, ó de abdicar la corona, si era necesario. Todas sus medidas, todos sus esfuerzos se dirigieron á calmar los ánimos y á manifestar al pais que por su persona no se derramaria una sola gota de sangre. Desde aquellos momentos recobró su grandeza, y volvió á fijarse en él el pensamiento de no manchar los servicios que habia prestado á su patria con una obstinacion que nunca le hubiera perdonado.

La vida pública de este hombre singular presenta faces tan diferentes, que si alguna de ellas deja una impresion desfavorable á su carácter personal, otras lo ennoblecen y lo colocan en un rango tanto mas superior, cuanto que hacen notar la victoria que alcanzó sobre sus propias pasiones. Valiente, decidido, con toda la conciencia de su superioridad, y con cuantas probabilidades podia desear de poner de su parte al ejército y á la opinion, reflecsiona en las consecuencias desastrosas de la anarquía, en las faltas que habia cometido, en la justicia con que se atacaban y en la nueva gloria que iba á tener con su desprendimiento; y olvidando todo lo que podia ofender su alta repre-

sentacion y lo que hacia indignos de indulgencia á sus enemigos, les ofrece un avenimiento tal como lo reclamaban las circunstancias del pais, les envia comisionados, nombra gefe de su ministerio á uno de los diputados que se hallaban presos y que mas se habian distinguido por su oposicion é ideas republicanas, D. José del Valle, pone en libertad á los demas, restablece el congreso, y sin que se le obligue, porque no habia poder para esto, abdica despues la corona, y protesta que se espatriará voluntariamente y que hará votos constantes por la felicidad de la nacion mexicana. Hace todavia mas: habla al congreso, y no tiene embarazo en confesarle que no está satisfecho de la conducta que ha observado con él; que el error es el patrimonio del hombre, y que no teme el mas costoso sacrificio para contribuir á que se restablezca la union y que el pais quede organizado convenientemente, para que goce de la abundancia y del crédito que le habia procurado en la campaña, y que no le habia sido posible asegurar en el gobierno. Se desentiende por fin de los justos motivos de queja que nunca dejaron de darle los que se opusieron á que ejerciera la autoridad pública, de sus maniobras para desacreditarlo, de la posicion violenta en que lo colocaron para que no obrase sino como gefe de un partido, y para lastimar su amor propio hasta arrastrarlo á aquella dolorosa estremidad que habia querido precaver; y no habla tampoco de su conducta magnánima llamando á sus consejos á los hombres que mas se distinguian por su aversion personal, y colocándolos en los puestos mas importantes, donde no se habian conducido con la lealtad de caballeros y de íntegros servidores de la nacion. ¿Cómo debia corresponderse á estos sentimientos? Todos lo saben, y la historia consignará tristemente la



que tuvo el congreso y los partidos y generales que se conjuraron contra el legítimo representante de la gloria nacional.

La lucha entre el congreso é Iturbide era muy conocida para que la nacion no la juzgase con rectitud y no previese el término que tendrian los sucesos que estaba presenciando. Sin dejar de calificar justamente al gobierno que iba á destruirse, pensaba tambien en todas las circunstancias que hacian odioso el cambio, y en su suerte futura que iba á depender de todas las ecsigencias de los partidos que querian gobernar esclusivamente, y de la adopcion de principios que estarian en pugna constante con el memorable y profundo plan de las tres garantías. Los principales promovedores de la revolucion, decia, ó están despechados contra Iturbide porque ha hecho la independencia, ó son unos ingratos que no han sabido atacarlo noblemente, ni corresponder á la munificencia con que los ha elevado; ó son hombres que quieren estraviar la opinion pública perdiendo al libertador de su pais y proclamando doctrinas ecsageradas, ó pertenecen por fin al número de aquellos partidarios miserables que no pueden respetar en un hombre grande las cualidades eminentes que lo han hecho sobresalir entre sus conciudadanos. Iturbide, si ha sido débil, si ha cometido faltas sugeridas por su ambicion, fué tambien tan estraordinario y tan feliz en su empresa y tuvo de su parte un entusiasmo y una fortuna tales, que han podido engañarle y proporcionar así el triunfo á sus enemigos. Pero estos no tienen otro título ante el pais que el haber presentado todas las ocasiones para torcer su conducta é irritar su amor propio, y nada, nada han hecho en beneficio comun, porque sus intenciones han sido perversas, y porque hasta sus reclamaciones en favor de la jus-